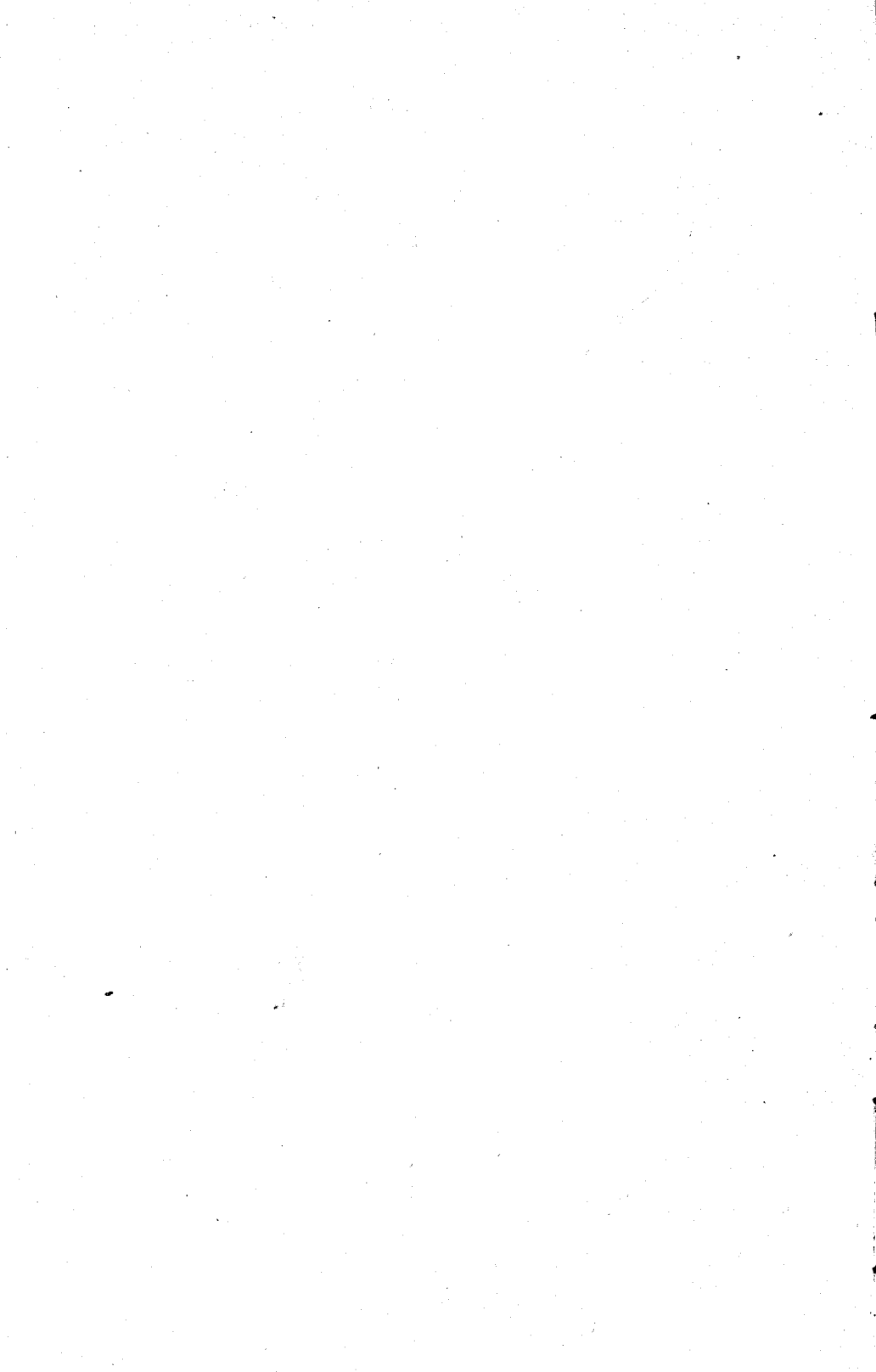


Don Quijote en el extranjero.

Por Ramón Pérez de Ayala.





DON QUIJOTE EN EL EXTRANJERO

SEÑORAS Y SEÑORES:

«Mil veces, leyendo á mis filósofos, sabios, poetas y novelistas favoritos, de extrañas tierras, he pensado: ¡Qué lástima que este espíritu no hubiese penetrado y recordado bien el de Cervantes! La cita del Quijote estaba muchas veces *indicada*... y no venía. En Carlyle, en Renán, por ejemplo. ¡Cuántas veces *la asociación de ideas* llamaba al ingenioso hidalgo... y no venía!»

Palabras del maestro Clarín, en un libro póstumo. Y sin embargo, Cervantes y su Don Quijote son nuestro gran hombre y nuestro gran libro más traducidos al extranjero, más meticulosamente interpretados, apostillados y glosados, más alabados y encarecidos. Pero adviértase, que en este bandal de traductores, intérpretes y hermeneutas de países extraños, acontece lo propio que dentro de nuestra casa: y es, que por cada espíritu inquisidor é inquieto que cale y bucé y escudriñe en el caudal sin fondo de este libro imperecedero, se da una taifa de gentes de la más baja ralea intelectual; cerebros apergaminados, rugosos y cicateros, ávidos en la rebusca de naderías, mercachifles de las letras que trafican con las obras del ingenio como si fueran géneros de importación, y pedantes de toda laya, de esos que en sus andanzas y ajetreos por la vanagloria, en lugar de lucir el yelmo de Mambrino por de fuera del cráneo, lo llevan dentro de la cabeza.

«Verdaderamente familiarizado con Cervantes—añade Leopoldo Alas—yo no conozco á ningún grande hombre.»

Familiarizado... Parád la atención en este hondo y amable adjetivo. Familiarizado no dice relación de puro intelecto; aleja del ánimo toda idea de cosa fría y literaria, cual es la comprensión cabal en virtud de un juicio sereno, ajustado á las estrictas reglas de una estética rigurosa. Familiarizado supone íntima y afectuosa convivencia, calor de mutuos y acoplados sentires, no de parejo pensar; es adjetivo atañadero al amor. Para entender á Cervantes y á Don Quijote, es menester amar á entrambos ingeniosos y sublimes hidalgos. Pero, para amarlos, ¿no será menester entenderlos? ¿Y acaso no radicará aquí la razón de que no los amen hasta familiarizarse con ellos los hombres que desconocen esta recia y adusta, pero dócil y agradecida habla castellana?

Clarín nos dice: «Don Quijote no siendo en castellano no es ni la sombra de Don Quijote; no se puede penetrar todo lo que en idea-forma y en forma-idea vale el *Quijote*, sin tener el castellano en los tuétanos.»

Y mucho antes, Martínez de la Rosa, advertía «sólo á Cervantes le fué concedido animar á Don Quijote y á Sancho, enviarlos en busca de aventuras, y hacerlos hablar: su lengua no puede traducirse ni contrahacerse: es original, única, inimitable».

Si Don Quijote en otro idioma que no sea el de Castilla no es sombra de Don Quijote, si la lengua de hidalgo y escudero, es original, única, inimitable, y no puede traducirse, remedarse ó contrahacerse, parece lógico y necesario que los de afuera ni cabalmente los comprendan, ni cumplidamente los amen. Cierta que el hidalgo reciamente construido, seco de carnes, enjuto, amarillo y amojamado de rostro, que no parecía sino hecho de carne de momia, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y corva, los bigotes grandes, negros y caídos, y el labrador rechoncho y mollar; cierto que uno y otro, en las llanadas manchegas nacieron, bajo su sol único, en el aliento fecundo de la tierra se impregnaron, y de ella recibieron cierta modalidad de carácter que en ningún otro paraje ni región del mundo hubieran recibido; punto de honor enhiesto y firme, en el uno; sencillez terrenal, hombría de bien en

el otro; bizarro descuido, loco imaginar de bravas y desmedidas empresas en aquél; medroso encogimiento en éste; gallardías y baladronadas, donaires y pícaras burlas; y, todo cuanto, por tan maravilloso arte se entrecruza y combina, y forma organizada trama que no se diría otra cosa sino que es el tejido muscular y nervioso que mueve brazos, é imprime ademanes, y anima el rostro, y da vida al cuerpo ideal del andante caballero de la Triste Figura, y al de su escudero fiel. Pero ¿y la osamenta? ¿y el bien dispuesto y repartido armazón en que toda aquella carne de pura casta castellana se asienta? ¿Y los más ocultos resortes de aquel alma alucinada ó de aquella otra voluntad, bonachona como el buen pan, y á ras de tierra? Lo íntimo de Don Quijote es concreción de universal sentir; su esqueleto, fíel trasunto y breve compendio ó suma del de ese gran vertebrado, la humanidad; y el meollo, la médula, el tuétano de sus huesos, quintaesencia de la más alta intuición, substancia de genio, de héroe, según Carlyle.

Esta y no otra, es la razón de que la mayoría de los cervantófilos extranjeros, casi obsesos por la externa envoltura, y aunque versados en nuestro idioma, no embebidos en su peculiar genio y jugosa substancia, ó no hayan entendido á Don Quijote, ó lo hayan interpretado á tuertas.

Pero ¿qué otra cosa acontece con la mayor parte de los de por acá? A fuerza de comentarios vacuos, grotescos esoterismos, apostillas baladíes y toda suerte de ociosos repegones, han ido encostrando de tal suerte la bruñida y bien adamasquinada obra cervantesca, que es punto menos que imposible darse de cara con su brillo insigne sin asquearse en éste, á manera de moho y herrumbre que han puesto en ella. Bien está que disfrutemos y derritamos dentro de nuestras almas la dulcedumbre suavemente acordada de la prosa divina del manco divino, y el singular donaire de sus conceptos, y el malicioso resquemor de sus parlerías; pero hacer alto en este punto sin escarbar en los redaños y entresijos de sus héroes, es como quedar en el atrio de un templo, ó en el introito de un culto, ó como si en nuestras manos una de aquellas manzanas de oro de que habló Goethe, embebecidos con su belleza, deleitosa y regalada á la

vista, renunciáramos al sazonado y agridulce fruto antes que desgarrar la piel. Sería de ver al primer hombre atónito, suspenso ante la Naturaleza, moza é intacta, se ha dicho; y yo añado: sería de ver un espíritu de nuestro tiempo, bien templado y desnudo de conceptos postizos, meterse alma adentro en el Don Quijote. Vano empeño; antes de asomar en los umbrales de este libro, nos asedia un enjambre de guías, expertos conocedores de la vereda que hemos de recorrer y que á cada paso nos darán adecuada y prolija explicación de cuanto vemos; esto es un anacronismo, este pasaje está tomado de Amadís, aquí se hace alusión á Lope, acullá hay una construcción que no es castellana, y así sucesivamente. Nunca más á cuento ha venido aquella sentencia de Pablo de Tarsis, *la letra mata, el espíritu vivifica*. La letra de Don Quijote había soterrado su espíritu y ha sido menester que dos talentos tan poderosos y sagaces como los de F. Navarro y Ledesma y Miguel de Unamuno, hayan hundido la luminosa lanza de su inteligencia en lo más recóndito y sustancioso, pasando por la letra, como por lo que es, diáfano y purísimo cristal, sin romperlo ni mancharlo. Nunca, hasta ahora, se habían dicho tan atinados conceptos, observaciones tan perspicaces, tan calurosas y vibrantes palabras, tan hondas ideas, tan humanas y amables hipótesis, acerca de Cervantes y Don Quijote; y si algo se le acercó ha sido fuera de nuestra tierra, voces despertigadas de un lado y otro del mundo, llenas de amorosa simpatía y de buen sentido.

Y al llegar á este punto, evitando enojosos y prolijos preámbulos, he de casar algunas ideas, que en lo ya escrito, parecen seguir cada cual su derrotero, en apariencia contradictorios. ¿No habíamos quedado, advertirá alguno, en que aquello que de castizo tiene Don Quijote es intraducible? ¿Cómo, pues, esas voces extrañas pregonan amor al buen hidalgo antes que nosotros? Ciertamente: la costra del libro y la encarnación palpable y humana de sus personajes, son del más puro éasticismo. Esta es la causa de que los cervantistas españoles, casi en su totalidad, no hayan hecho sino resbalar, á ratos, por la mansa superficie de un estilo terso en algunos pasajes, ó reir en aventuras de retozón re-

gocijo, y todo se les vuelve disertar sobre si salen malparados los libros de caballerías de la mano sana de Cervantes, si su lenguaje es el más perfecto y expresivo, si las aventuras son de lozana inventiva, ó viceversa, que de todo hay, incluso trabajos muy atinados, cuerdos y entretenidos, de gran mérito sin duda, pero ninguno en que se le abra el pecho al hidalgo y se le pongan al aire su entrañable y espiritual sentir. Toda esta balumba de obras en su mayoría de acarreo, de erudición, de segundo orden ó cuando menos de carácter preparatorio, han echado sus raíces y tentáculos parasitarios por la corteza quijotesca, de tal suerte, que es bravo empeño desgarrar su trama tupida, como lo es desarraigar la hiedra de un roble centenario.

Contrariamente, para los de afuera, esta envoltura y encarnadura netamente castellanas, es cosa que se disipa y se les va de ante los ojos, con lo cual el caballero de la Triste Figura de amojamado y escuálido y seco que era, tórnase mucho más, se queda en los puros huesos, que son huesos de humanidad, concreción de universal sentir, según se ha dicho. Y aún cuando supusiéramos que este interior tinglado del heroico manchego, sólo en algunas de sus piezas fuera conocido de los extraños, si éstos son un Stendhal, ó un Heine, ó un Tolstoi, no es de admirar que luego, de su cosecha, lo reconstruyan y hagan vivir tal como nació y se hizo hombre en el genio de Cervantes, con su meollo metafísico, del mismo modo que Cuvier ante un fragmento óseo de animal antediluviano levantaba el edificio de su esqueleto. Pero este vigor constructivo sólo le es dado á aquellos que con mayor intensidad viven la vida humana, y de aquí el que si en contadas ocasiones damos con frases acerca del *Quijote* que nos inundan el alma en suave ternura de agradecimiento, las más de las veces, la cita de Cervantes está indicada y... no viene, la asociación de ideas llama al ingenioso hidalgo... y no viene.

Decidme á este propósito, si no asoma á las mientes la hidalguería y ridícula figura de Don Quijote y algunas de sus andanzas, ó la rechonchez de Sancho y sus refranes y decires, cada vez que se trate de inquirir cuál sea la naturaleza de lo cómico, y por qué misteriosos y desconocidos

mineros mana á borbollones la risa. Y decidme igualmente si leyendo libros que de estos curiosos fenómenos de psicología hablen muy por largo, al ver que nunca llegan ni amo ni escudero, no os invaden la amargura, la decepción. Pues ni Descartes, ni Lammenais, ni Dumont, ni Schopenhauer, ni Rouvier, ni Spencer, ni Bain, ni Fouillé, ni Ribot, los cuales han formulado sendas teorías sobre este asunto, se acuerdan para nada de nuestro héroe, que tan en punto hubiera estado á guisa de documento, ya que en él se compendian y resumen todas.

Dugás, en cambio, en su *Psicología de la risa*, trae á cuento al andante caballero, pero con ocasión tan desdichada y tan de segunda mano por las trazas, que más valdría que no se hubiera acordado de él. Escuchad:—«Las cosas reales pueden parecernos risibles; pero no lo son por naturaleza. Al contrario, las cosas imaginarias son risibles en sí. Tiene la idealidad un singular defecto, y es que no sirve sino para divertir y mover á risa. Imaginario es sinónimo de ridículo. Un infierno en el cual no se cree, es un infierno *pour rire*. Así, la imaginación con sus quimeras, su locura grandiosa ó sus inocentes, extravagantes caprichos, préstase más á la risa que á la realidad grotesca. De esta suerte, se puede oponer á la risa idealista que nace de las cosas, la risa realista que se burla de las ideas. En el libro inmortal de *Don Quijote* encuéntranse estas dos direcciones de lo cómico; no es Sancho menos ridículo que su amo, pero lo es de otra manera; por decirlo así, en sentido inverso. Se regocija la razón á costa del uno; á costa del otro, el buen sentido; entiéndase: razón, sentido de lo ideal; buen sentido, sentido de lo real.

»Si es la burla más atrevida y fuerte aquella que toma pie en realidades, es la más natural y frecuente aquella que se ensaña en extravagancias de ensueño. Los grandes autores cómicos, Rabelais, Molière, Cervantes, son realistas; dan la razón á *phusis* en contra de *antiphusis*, y *antiphusis* aquí no es otra cosa que los productos monstruosos de la imaginación humana: sentimentalismo novelesco, locura heroica, preciosismo, etc., etc. Su risa es el desquite del buen sentido contra las divagaciones orgullosas de la fantasía.»

Decidme si al llegar á esto no sentís un punto de hostilidad contra este señor sabio, tan ligero, que así hace y deshace á su antojo. Pero aún hay más.

«Obsérvese que la mayoría de los personajes cómicos se distinguen por su espíritu imaginativo, son iluminados, des-cerebrados, locos; en su mollera se asienta la vacuidad de los ensueños. El mejor tipo del género es Don Quijote.»

Y á seguida hace una cita de Michiels que no le deja muy bien parado. «Simboliza la tendencia á olvidar, á desconocer los hechos de la vida real. En sus ideales de gloria caballeresca, de empresas heroicas, toma molinos de viento, cuyas alas voltean á impulsos de la brisa, por gigantes que mueven sus brazos; rebaños, por ejércitos de sarracenos; fantoches, por seres vivos, y á una robusta labriega, por gentil castellana. Ni fracasos ni sufrimientos aniquila su ilusión. Camina á través de su ensueño como á través de densa niebla poblada de figuras quiméricas. Sus andanzas, escritas con manifiesto propósito de mofa, divierten como una mascarada. Pero—y este pero denota palmariamente que no es Michiels tan miope como el sabio antes citado—pero, la locura de Don Quijote de tan sistemática y completa, cesa de ser divertida; *á la larga, nos parece inquietante y grave.*»

Bergson, en un libro publicado hace contados meses, *La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico*, sienta una teoría muy ingeniosa y acertada, que puede resumirse en los siguientes rasgos sintéticos: «Cuanto nos sugiera ideas de automatismo, de tiesura mecánica, es cómico; y al revés, todo lo cómico lo es en virtud de hacernos pensar en esta inconsciencia y agarrotamiento á lo fantoche. Actitudes, gestos y movimientos del cuerpo son risibles en la exacta medida que este cuerpo nos hace pensar en una simple mecánica. El cuerpo, sobreponiéndose al alma, todo incidente que lleve nuestra atención á la parte física de una persona, cuando la causa debiera ser lo moral, es cómico.» ¿No os acuden á la memoria muchedumbre de trances qui-jotescos que pudieran subrayar y avalorar estas ideas? Bergson parece ignorarlos, y sólo más adelante al decir: «reímos siempre que una persona nos da la sensación de una

cosa», añade: «se ríe viendo á Sancho Panza manteado y por los aires como una pelota».

Lo distintivo de lo cómico en los caracteres es la insociabilidad. «Si un carácter es insociable, puede ser cómico. Grave ó ligero, nos hará reir si se las arregla de modo que no nos conmovamos. Insociabilidad del personaje, insensibilidad del espectador: he aquí las dos condiciones esenciales, juntamente con el automatismo que está implícito dentro de ellas. Toda distracción es cómica, y cuanto más profunda la distracción, más alto linaje el de lo cómico. La distracción sistemática, la de Don Quijote, es lo que de más cómico se puede imaginar en el mundo. Es lo cómico mismo, agotado, dentro de lo posible, en su propio manantial.»

Theophilo Gautier ha dicho de lo cómico extravagante que es la lógica de lo absurdo. Numerosa filosofía de la risa se asienta sobre ideas análogas.

Lo absurdo en lo cómico no es un absurdo cualquiera. Es un absurdo determinado. No crea lo cómico, se deriva de él. No es la causa, sino el efecto.

Suponed que un día, paseando por el campo, en la cumbre de un collado, alcanzáis á ver algo que vagamente se parece á un gran cuerpo inmóvil, con luengos brazos que giran. Aún no sabéis lo que aquello será; pero de seguro escudriñáis entre vuestras ideas ó recuerdos aquel que mejor se acople ó convenga á lo que divisáis lejano. De pronto la imagen de un molino de viento se levanta en vuestro espíritu. Sí; es un molino de viento lo que tenéis ante la vista, y poco importa que unas horas antes hayáis leído cuentos de hadas é historias de gigantes de descomunales brazos. El buen sentido consiste en saber acordarse, pero más en saber olvidar. El buen sentido es el esfuerzo de un espíritu que se adapta y se reeadapta sin tregua, cambiando de idea á cada nuevo objeto. Es una modalidad de la inteligencia que casa exactamente con la movilidad de las cosas. Es la continuidad en movimiento de nuestra atención á la vida.

Ahora, he aquí á Don Quijote que se va á la guerra. (Así dice, ni más ni menos que Mambrú, lo cual prueba que la generalidad de estos señores sólo conocen el libro por referencia. Recuérdese lo de los cuentos de hadas.) Ha leído

en las novelas que los caballeros topan en su camino con adversarios gigantes. Le es, por tanto, menester un gigante. La idea del gigante es un recuerdo privilegiado que afinó en su espíritu, que agazapándose acecha la coyuntura de precipitarse fuera y encarnar en una cosa. Este recuerdo quiere materializarse, y el primer objeto que se presente, aunque con un gigante guarde remotísima semejanza, gigante será, hecho y derecho. Donde vosotros veis molinos de viento, ve Don Quijote gigantes. Esto es cómico y es absurdo. Pero, ¿es un absurdo cualquiera?

Es una inversión especial del sentido común. Consiste en pretender modelar las cosas sobre una idea y no la idea sobre las cosas. Consiste en ver delante aquello en que se piensa, en lugar de pensar en aquello que se ve. El buen sentido consiste en poner todos los recuerdos parejos y á la iguala; el recuerdo apropiado resonará con la situación presente si es su afín, y la interpretará. Por el contrario, en Don Quijote existe un grupo de recuerdos que domina á los otros y al personaje mismo: la realidad ha de doblegarse ante lo imaginado y darle cuerpo.

Formada la ilusión, Don Quijote, razonable, la desenvuelve hasta sus últimas consecuencias; se entrega á ella, seguro y preciso, como un sonámbulo. Ved, pues, el origen del error y la lógica especial que rige aquí al absurdo.»

Y dejando con esto á una parte psicólogos y psicofisiólogos, oigamos lo que poetas, novelistas, pensadores y filósofos nos dicen de D. Alonso Quijano el bueno, ó de su creador D. Miguel de Cervantes Saavedra.

Juan de Lafontaine, en sus *Cuentos y baladas* escribe una frase admirable de sencillez, de todos conocida: «Me encanta Cervantes.» Nada más; y basta en aquel espíritu sutil que supo cautelar rastreras pasiones y villanos instintos en ficciones ingenuas.

Boileau, en carta á Racine, á vuelta de quejumbrosas noticias sobre su salud, acerca de si su afonía se muestra pertinaz, ó si el médico le ha mandado purgarse, y otras de este linaje, dice: «Esfuérzome en arrastrar mi vida miserable como mejor me es dado, con un abate, hombre muy de bien, que es tesorero de una santa capilla, mi médico y mi

apotecario. Discurro mi tiempo con ellos, sobre poco más ó menos como lo discurría Don Quijote, *en un lugar de la Mancha*, con el cura; el barbero y el bachiller Sansón Carrasco; tengo también un ama, fáltame la sobrina. Pero de todas estas gentes, aquel que mejor representa su personaje soy yo, que estoy casi tan loco como él, y que diría no menores simplezas si fueran capaces de entenderme.»

Reparad en que esto ha sido escrito por un hombre tan bien medido y ponderado en sus juicios, como lo fué Nicolás Depreaux, y en siglo tan galantemente frívolo, tan secamente espiritual, tan hipócritamente amable, tan ceremonioso y de fría galanura, tan sin pasiones y de rasero como lo fué el siglo de las gabotas y minuets, de las marquesas pastoras de cándidos corderillos; de los abates casquivanos, de las grisetitas favoritas del rey. Y entonces, el temido cancerbero del Parnaso, que no aventuraba palabra sin antes aquilatarla y medirla, el hombre posado en sus decisiones, que eran la cordura y la sensatez misma, se declara casi tan loco como Don Quijote, y diría no menores simplezas si las gentes de su trato fueran capaces de entenderlo.

Por ser curiosos, y si no de gran alcance crítico, de fina perspicacia, transcribo algunos párrafos de la dedicatoria de Rabeners Satiren, por Gottlieb Wilthelm Rabener:

«Al rucio de Sancho Panza. ¡Dichoso, oh, tres veces, dichoso asno que encaneciste en los tiempos del sabio Sancho, cuando se veneraban los merecimientos hasta en los asnos!...

»Una prueba de tu ingenio fué que, en el espacio de algunos meses y entre mil infortunios, aprendiste más de lo que pueden á duras penas aprender en España cien hijos de nobles durante tres años de Universidad en Osuna.

»El saber, que á tantos jóvenes doctos hace insoportables, fué para tí un nuevo impulso á la humildad; virtud que no es común entre nuestros estudiantes...

»Era una falta de tu tiempo el que se escribía poco y se pensaba menos aún; en nuestros tiempos la falta consiste en que escriben muchos sin reflexionar...

»Con ninguna de todas sus aventuras ha dado Sancho Panza tan irrecusables muestras de su talento como con el

gobierno de la ínsula Barataria, y justamente en aquel período de tiempo tus preeminencias se han colocado en una luz que no puede obscurecer la sucesión de los siglos. Tú fuiste el hermano y el más fiel amigo del feliz Sancho. Él no se atrevió á gobernar sin tí, y al llevarte detrás de sí al gobierno, con jaeces y ornamentos de seda, volvía la cabeza de cuando en cuando á mirarte, y con tu compañía iba tan contento que no se trocará con el emperador de Alemania. Y á tí recurrió, cuando, fatigado por el peso del no acostumbrado gobierno, tomó la magnánima resolución de huir sobre tí, asno fiel, de la penosa ostentación de un mando.»

Del doctor John Bowle, citado por Juan Montalvo, son las siguientes palabras: «Este autor celebérrimo, tan justamente estimado de todas las naciones cultas, es el nunca como se debe alabado Miguel de Cervantes Saavedra, honor y gloria, no solamente de su patria, sino de todo el género humano.»

Y añadiré, porque en este punto coincide con ciertas apreciaciones del último libro de Miguel de Unamuno, que el doctor Bowle supone que Cervantes, al idear su libro famoso, acaso se inspirara en Iñigo de Loyola, del cual un historiador francés dice «que fué tan famoso en su caballería andante espiritual como su ilustre paisano Don Quijote lo fué yendo en busca de aventuras». «Esto—según Bowle—fácilmente se deduce de la relación que de sus hechos nos da el P. Rivadeneira, examinando los cuales puede establecerse un justo paralelo entre ambos caballeros. Loyola en su juventud *era muy curioso y amigo de leer libros profanos de caballerías*. Cambió su lectura por el *Flor Santorum*, y se determinó á *querer imitar y obrar lo que leía*. Mezclando Loyola las prácticas caballerescas en sus actos piadosos, *por imitar él, como caballero de Christo, aquel hecho caballeroso, y velar sus nuevas armas toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de Nuestra Señora de Monserrat*. La conducta de Loyola fué en muchas ocasiones verdaderamente quijotesca, como puede verse comparando los diversos historiadores.»

Florián, traductor del *Quijote*, estampa al frente de su

traducción: «Una verdad que no me parece bastante conocida es que Don Quijote, además de su donaire, de su estilo cómico, está lleno de esa filosofía natural que, al ridiculizar preocupaciones quiméricas, respeta el fondo de sana moral que contengan. Todo lo que el héroe dice, cuando no habla de caballería, parece dictado por la sabiduría para hacer amar la virtud; su mismo delirio no es más que un amor mal entendido de esa virtud. Don Quijote es loco en sus acciones, pero es cuerdo cuando ratiocina; y, como siempre es bueno, se le ama siempre; nos reímos de él, pero nos interesamos por él; vémosle que desbarra, y, sin embargo, le escuchamos.»

¡Lástima que el divino Júpiter de Weimar y el admirable Juan Pablo, no hayan ahondado, y convivido y amado á Don Quijote como fuera de esperar! Sí, tocante á ellos tiene justeza lo que *Clarín* decía: «Verdaderamente familiarizando con Cervantes no conozco á ningún grande hombre», díganme si aquello que yo afirmaba de que los extraños pueden ir más en derechura al meollo de la locura cuerda, y de la sublime ridiculez de Don Alonso, no adquiere trazas de certidumbre escuchando á Schelling.

No será demasiado afirmar que hasta ahora sólo hay dos novelas, y son el *Don Quijote*, de Cervantes, y el *Wilhelm Meister*, de Goethe; aquél perteneciente á la más magnífica de las nociones; éste á la más sólida.

Basta recordar el *Don Quijote* para comprender lo que quiere decir la idea de una mitología creada por el genio de un solo individuo. Don Quijote y Sancho Panza son personajes mitológicos en todo el ámbito del mundo civilizado, como la historia de los molinos de viento, etc., etc., son verdaderos mitos, tradiciones mitológicas. Lo que en la limitada concepción de un ingenio de segundo orden habría parecido apropiado solamente como sátira de una locura determinada, nuestro poeta, por medio de la más feliz de todas las invenciones, lo ha metamorfoseado en la más universal, profunda y pintoresca imagen de la vida.»

Y más adelante: «Hace el poeta nacer sus deleitables sucesos de asuntos que, en su mayor parte, no son nacionales sino enteramente generales, como el encuentro de los

galeotes, del titiritero, del león en la jaula. El ventero, que Don Quijote toma por un castellano, y la Maritornes, son en todas partes de casa.

Los antiguos han alabado á Homero como el más feliz inventor; los modernos, con razón, á Cervantes.»

Los hermanos Schellgel, devotos de Cervantes y su obra, escribieron muy atinadas y justas disquisiciones críticas, tanto sobre el espíritu de Don Quijote como sobre su forma externa. Como no es cosa fácilmente hacedera entresacar frases representativas de un trabajo de tan sólida estructura y recia trabazón de discurso, baste mencionarlos por ahora. (Véase acerca de estos autores y de otros que no se citan, Hegel, Schopenhauer, etc., etc., el tercer tomo de la *Bibliografía Crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, por D. Leopoldo Rius.)

Saint-Beuve—*Nuevos Lunes*—dedica un artículo á Don Quijote. De él puede entresacarse algo tan sustancioso y original como lo que sigue: «Sin que lo pensara Cervantes cada uno de nosotros es á su manera un Don Quijote y un Sancho Panza. En cada uno de nosotros se halla en mayor ó menor grado, algo de esta deficiente alianza del ideal exaltado y del buen sentido positivo y rastrero. En muchos es solo cuestión de edad; uno se duerme siendo Don Quijote y se despierta siendo Sancho.»

¡Desbastarse cada día algo, como Sancho: esto es, pasar de un absurdo grande á un absurdo menor! ¿No es cierto, que extremando la ironía podría sostenerse sin demasiada inverosimilitud, que sea quizás éste, en ciertos ramos, el único progreso posible para la humanidad?

Cervantes compuso una obra maestra, sin sombra alguna, de claridad perfecta, obra amena, sensata, en la que sólo se introduce lo quimérico para ridiculizarlo.

Ahora bien; si queremos proceder con cordura al juzgar el *Quijote*, es preciso secar esa lágrima que de algún tiempo á esta parte se ha querido unir á la sonrisa, ó cuando menos, es menester decir para que el mundo lo sepa: Esta lágrima se la hemos puesto nosotros, porque creemos que le sienta mejor.»

En las memorias de un turista, Henry Bayle, nos habla

de «la noble delicadeza y de la grandeza de alma del admirable Don Quijote». Y el mismo Stendhal, con aquella sutil intensidad que tanto encareció Hipólito Taine, en cierta ocasión, lamentábase de que no estuviera en su mano el perder la memoria de año en año, para renovar durante su vida el placer de leer por vez primera dos libros: el *Quijote* y *Las mil y una noches*.

Y en este punto, ante las mil y mil opiniones de extranjeros que quedan por examinar, algunas muy conocidas—Merimée, Tourgueneff, Gautier, Víctor Hugo, Chasles,—menos vulgares otras—William Prescott, Biedermann, Hagberg, Dentingeretrest—todas ellas asequibles merced á la ya citada bibliografía de Rius, es menester mencionar á dos singulares ingenios que han sabido decir bellas y hondas palabras acerca del *Quijote*. El uno, aunque escribe en lengua castellana no es nacido en España. Trátase del malogrado escritor Juan Montalvo. Es el otro *el más grande poeta lírico* (1) del siglo xix, Enrique Heine.

«Capítulos que se le olvidaron á Cervantes—ensayo de imitación de un libro inimitable.» Tales son título y subtítulo de una obra póstuma de Juan Montalvo; y, si al escuchar este orgulloso rótulo frunciís el ceño dispuestos á fulminar vuestro odio contra el osado que descolgó de la espetera la péñola de Cide Hamete, después de haber leído el proemio del ensayo, le perdonaríais enternecidos, y hasta pienso que el mismo Cervantes si llegara á leerlo perdonárale igualmente, por la misma razón que Cristo perdonó á Miriam de Magdala, por haber amado tanto.

Es empresa lindante con lo imposible, extractar ó condensar cumplidamente este prólogo ó proemio, y como no seré yo quien se precie de semejantes empeños, me doy por muy satisfecho con transcribir algunas de sus frases y párrafos.

«Juan Falstaff no es ni para escudero de Don Quijote.» Dice en una ocasión y más luego: «Don Quijote es un discípulo de Platón con una capa de sandez.»—«Echada al crisol de la filosofía, locura que tan risible nos parece, luego veríamos cuajarse una pepita de oro aquilatado.»

(1) Apreciación puramente subjetiva, discutible como tal.

Hablando de los dolores mudos de aquellos que con sus donaires, malicias y agudezas han sabido endulzar los dolores de los otros, tiene expresiones tan castizas y hondas como las que siguen: «Ríe el dolor, ríe la desdicha, y los que tienen el poder de alegrar á los demás, de sazonarles la vida con la grosura del ingenio, la untuosidad almibarada con que pasan fácil y agradablemente los peores bocados; esos brujos inocentes, digo, no participan casi nunca de la sal con que regalan y deleitan á los otros.»

En otro pasaje se lee: «Ni Don Quijote es ridículo ni Sancho bellaco, sin que de la ridiculez del uno y de la bellquería del otro resulte algún provecho general. Los filósofos encarnan sus ideas en expresiones severas, é incultan en nosotros sus principios con modos de decir que nos convencen gravemente. Esto, por lo que tiene de fácil, cualquiera lo hace, si el cualquiera es uno que disfruta lo de Platón y Montaigne. Ocultar un pensamiento superior debajo de una trivialidad; sostener una proposición atrevida en forma de perogrullada; aludir á cosas grandes como quien habla de paso; llevar adelante una obra seria y profunda, chanceando y riendo sin cesar, empresa es de Cervantes.»

Entre las citas que Rius hace de Heine no aparece cierta página de Alemania: página de conmovedora intensidad y ternura. Dice así:

«Los autores de *Hamlet* y del *Quijote* son los más grandes poetas que han producido los tiempos modernos. Más aún que el dulce William, Cervantes ejerce sobre mí indefinible encanto. Le amo hasta derramar lágrimas. Y este amor viene de tiempo atrás.

Es el *Don Quijote* el primer libro que he leído, cuando pronunciaba ya bastante bien las letras. Aún recuerdo aquellos tiempos en que huía, muy de mañana, de la casa paterna, é iba á los jardines públicos á leer *Don Quijote* sin que nadie me molestase. Era una hermosa mañana de Mayo, en los comienzos de la primavera, que brillaba en apacible aurora, y hacía que el ruiñeñor la adulase. Y este dulce adulador cantaba sus loores con voz tan dulce y cariciosa, que las rosas, aun las más púdicas, abrían sus botones, y los enamorados céspedes, dábanse tiernos besos con los

rayos del sol, y árboles y flores se estremecían. Yo me sentaba en la avenida llamada de los Suspiros, sobre un banco de piedra guarnecido de musgo, cercano al surtidor, y mi corazón joven se regocijaba en las aventuras del osado caballero. En mi probidad infantil lo tomaba todo en serio. A cada zarandeo que la suerte le deparaba al pobre héroe, yo pensaba, que así debiera ser, que es propio de héroes ser zurrados y escarnecidos, y esto me contristaba mucho. Era muy niño, no estaba al tanto de la ironía que Dios ha creado en su universo, y que el gran poeta ha imitado en el suyo; y así, derramaba amarguísimas lágrimas cuando el caballero no recogía sino ingratitudes é insultos; y como, poco experto en la lectura, pronunciaba cada palabra en voz alta, pájaros y árboles podían escucharme. Lo mismo que yo, estos inocentes seres de la Naturaleza no entendían gran cosa de ironía; también ellos lo tomaban todo en serio y lloraban los dolores del caballero infortunado. Al menos se me figuró que sollozaba una vieja haya, y que el grave chorro del surtidor sacudía su barba ondulante más reciamente, gimiendo por la dureza de los hombres. Encontrábamos que el heroísmo de Don Quijote merecía siempre la misma admiración que cuando el león, perezoso de combate, le vuelve la espalda, y que sus acciones eran tan gloriosas y meritorias como seco y desmedrado su cuerpo, carcomida su armadura y descarnado su rocín. Despreciábamos á la canalla que molía, cobarde, á palos al héroe, y más aún á la canalla aristócrata que exornada con bellas vestiduras joyantes, frases distinguidas y título ducal, se burlaba de un hombre que tan les sobrepasaba en nobleza y espíritu. El caballero de Dulcinea elevábase más y más en mi alma y ganaba más y más mi afecto, según avanzaba en este libro maravilloso, cosa que aconteció en este jardín, hasta fines de otoño, en que llegué al final de la historia. Nunca olvidaré el día que lei el desdichado combate, de tan triste vencimiento para el caballero.

Era un día triste. Feos nubarrones gris cubrían el cielo gris. Desprendíanse dolorosamente las hojas amarillas de los árboles. Pesadas lágrimas de lluvia estaban suspendidas en las últimas flores, cuyas cabezas se inclinaban melancó-

licas. Los ruiseñores habían enmudecido hacía tiempo. La imagen de la decadencia de todas las cosas se extendía en torno mío, y mi corazón estuvo á punto de estallar cuando leí, cómo el noble caballero tendido y cubierto de polvo, sin levantar la visera, elevando hacia su vencedor la voz hueca y débil, que parecía salir de una tumba, le dijo:—«Dulcinea es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra.»

Sólo el triste, el amargado, el andariego y vencido poeta Heine, mellizo en dolores de Cervantes, mellizo en ideal é infortunios, hermano menor en el triste y doloroso sonreír, pudo haber atinado á calcar en verso escrito el alma del *Quijote*. «Era muy niño: no estaba al tanto de la ironía que Dios ha creado en su universo, y que el gran poeta ha imitado en el suyo.» Breve trasunto de este universo de ironía es el libro portentoso para los que creemos firmemente, si no en Ormuz y Arimán, en una extensión animada por un espíritu, benévolo en ocasiones, adverso en otras, irónico siempre, en una realidad burlona y tornadiza que, viéndonos, enhiesta la voluntad, inrompible el propósito, en ristre la lanza del orgullo ambicioso, del anhelar de gloria, nos trueca los gigantes que habíamos de aniquilar con nuestro brío en molinos de viento, y que al mirarnos desmayada y floja la voluntad, desvanecido el propósito, hecha trizas y herrumbosa la lanza de la ambición, convierte los molinos que habían de darnos el pan cotidiano en gigantes invencibles. Por donde quiera decepción, desencanto, en el universo y en el libro. Lucha el manchego D. Alonso por la gloria, como ha dicho muy bien Unamuno. «Es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama»; no por otra cosa. En tanto haya quien luche por el uno y por la otra, habrá Quijotes, sea cual fuese el escenario de la pelea, y aquellos que en sus tuétanos sientan el clamor del salmista, sed de infinito, ansia de inmortalidad, sean de casa, sean de fuera, verán como les corre por los huesos el mismo escalofrío heroico del denodado caballero, al encararse con los

peligros, y como á la fin la propia pesadumbre se asienta en su alma con el vencimiento que la ironía del mundo les impusiera. El disfrute del espíritu de Don Quijote tócanos á todos, propios y extraños, en la misma medida, que universal es este soplo de aniquilamiento ante la esquiva realidad. Y si uno de esos maravillosos alquimistas ó químicos de la crítica, por medio de sus artes y sutiles expedientes, fueran capaces de extractar en una fórmula todo el jugo de nuestro libro inmarcesible, no fuera otra que cierta sentencia de un extranjero, otro Quijote que quizás no haya leído el *Quijote*, Federico Nietsche.

—«Todos somos monos de nuestro ideal.»

HE DICHO.